

Prefacio

Hace casi cuarenta y cinco años que terminé mis estudios de arqueología, mucho antes de convertirme en profesor de didáctica de las ciencias sociales en la Universidad de Barcelona. En aquel entonces, la arqueología era objeto de una profunda transformación, las viejas élites de la arqueología franquista estaban desapareciendo y yo tuve la inmensa fortuna de disfrutar de las clases de profesores que hoy —analizando desde la distancia— considero que fueron excepcionales, tales como D. Juan Maluquer de Motes, D. Miquel Tarradell, D. Pedro de Palol, Dña. Ana María Muñoz o el antropólogo D. Claudio Esteva Fabregat. La arqueología y la antropología me fascinaron por igual. Incluso me beneficié de algunas sesiones del insigne Dr. Lluís Pericot, por aquellos días ya jubilado de la docencia.

En aquel tiempo —finales de los años setenta del siglo pasado—, las relaciones del Departamento de Arqueología con profesionales alemanes e italianos eran fluidas, aun cuando el peso de la ciencia francesa era todavía muy fuerte al tiempo que crecía la influencia de los arqueólogos anglosajones, entre los que descollaba V. Gordon Childe. Pero fue solo mucho más tarde, después de décadas, que me di cuenta del peso de lo alemán en lo que yo había estudiado. Posteriormente, hace casi tres decenios, después de que cayera el Muro de Berlín, yo empecé a viajar a Alemania y a visitar con especial interés sus poderosos museos y algunos de sus relevantes yacimien-

tos arqueológicos, contemplando por primera vez en mi vida aquellos objetos arqueológicos que había conocido a través de dibujos o fotografías en blanco y negro. Advertí también con curiosidad el peso de la culpa que se podía detectar en lo expuesto —y también en lo silenciado— en los museos alemanes y la evidencia de una sombra tenebre y pertinaz: la de la arqueología nazi, en la que me empecé a interesar entonces. Pasé a hacerme una pregunta: ¿cómo tantos sabios habían dicho y escrito tantas y tamañas barbaridades?

Este opúsculo es el fruto de todo ello: de mis recuerdos y lecturas de las clases de la Universidad, de mis visitas a Alemania y de mi interés en la arqueología nazi, así como de la doble perspectiva que me otorgó el hecho de ser arqueólogo y, a la vez, dedicarme a la didáctica de las ciencias sociales y a la museografía. En cualquier caso, yo no soy un experto en la historia del Tercer Reich. Ciertamente he manejado muchas memorias, diarios y textos que constituyen fuentes primarias sobre el período, pero ha sido la necesidad de comprender lo que sucedió lo que me ha impulsado a escribir el texto. Era preciso para mí realizar un examen no solo desde la óptica de la historia, sino también de la ética. La suerte quiso que yo hubiera trabajado durante unos pocos años con Joan Manuel del Pozo, buen conocedor del pensamiento filosófico y, al tiempo, una fina inteligencia en el campo de la ética. Le pedí un prólogo y él —porque es amigo— me obsequió con un inestimable epílogo que quien lo lea agradecerá sin duda. También contribuye a esta obra la amiga y colega Judit Sabido, infatigable investigadora, cuya estancia de investigación en Alemania le ha permitido seleccionar y comentar las ilustraciones que acompañan al texto, así como proporcionar valiosas sugerencias sobre este.

He de dar las gracias, por lo demás, a muchas otras personas; y, en primer lugar, a la familia de Susanne Eichholz,

que durante años me ha acogido en su casa de Berlín y, sin saberlo, me enseñó a amar su país. Empecé a concebir la idea de escribir este libro en su casa. También quiero mencionar a mi amigo y editor Álvaro Díaz Huici: él ha sido quien se ha atrevido a publicar este libro quizás polémico, muy distinto de todos mis anteriores títulos publicados en Trea. Solo me hizo falta sugerirle el tema para que lo acogiera con entusiasmo. Finalmente, como siempre, extendiendo también mi reconocimiento a mi compañera Montserrat Jané, quien durante medio siglo me ha proporcionado apoyo y ha sostenido mis intereses y obsesiones, y ha discutido además muchos de los contenidos aquí expuestos. Huelga decir, por supuesto, que los errores y fallos solo pueden atribuirse a mí.

Dr. Joan Santacana
Universidad de Barcelona, septiembre de 2019